

Paloma Muiña

Esquinas del tiempo



Amor y amistad
más allá de los prejuicios

Paloma Muiña

Esquinas del tiempo



Marta siguió con los ojos fijos en la esquina donde había visto perderse la figura de Gero. Habían cruzado las miradas un momento, pero ninguno de los dos había hecho nada por acercarse.

Ella había girado la cara hacia sus amigas riéndose. Aunque no tenía ni idea de qué hablaban.

Él había sacudido la cabeza: un gesto confuso que lo mismo servía para saludar de lejos que para retirarse el pelo de la cara.

Unos segundos después, cuando ya Gero le daba la espalda, Marta se había quedado observándole. Seguía teniendo el mismo pelo fosco y despeinado, pero estaba más alto, y por debajo de la cazadora vaquera se adivinaban unos hombros muy anchos, más de lo que ella recordaba.

Luego se fijó en Ainoa. Con los botines de tacón, era casi tan alta como Gero y caminaba muy pegada a él: a cada paso, sus caderas, envueltas en un vaquero negro ajustado, chocaban contra las piernas de su primo.

Marta sintió cómo la rabia subía desde su estómago y le encendía las mejillas.

—¿Qué te pasa? —preguntó Ester.

—Nada —murmuró.

Ester no volvió a preguntar y, poco después, emprendieron el camino a casa. Cuando se separaron, dos calles más arriba, Marta resopló aliviada. Sentía unas absurdas ganas de llorar y había estado conteniéndose hasta ese momento. Tampoco le apetecía nada enfrentarse a la mirada analítica de su madre. Casi sin pensar, caminó hacia el parque, vacío a aquellas horas a pesar del brillante sol que jugaba entre las ramas de los árboles y aportaba calidez a ese mediodía otoñal. Se sentó en un columpio, sacó el móvil del bolsillo y empezó a teclear:

«¿Por qué no...?».

Se quedó mirando el mensaje unos segundos... No sabía cómo seguir. Por qué no... ¿qué? ¿Por qué no nos hablamos, por qué se ha estropeado todo, por qué nos comportamos como dos desconocidos...?

Borró el mensaje. ¿Le correspondía a él contestar esas preguntas?

Abrió su perfil de *Insta* y empezó a navegar. Ester había colgado una foto de ellas ese mismo día, en clase, mientras la de Lengua explicaba algo en la pizarra. Estaban las dos bizcas y sacando la lengua. Se rio. ¡Qué boba! Ester siempre la hacía reír. Siguió navegando. Nada, Gero no había publicado nada últimamente.

Se volvió a meter el móvil en el bolsillo, suspiró y, arrastrando los pies sobre la arena, empezó a mecerse con suavidad. Eran unos columpios muy viejos. De hecho, Gero y ella solían jugar en ellos cuando eran pequeños. A él le gustaba encaramarse a la barra horizontal de la estructura y colgarse de los brazos; a ella, columpiarse con energía, hasta lo más alto. Entonces

contaban: uno, dos y tres. Y ambos se lanzaban al suelo, a la vez, a ver quién llegaba más lejos. Siempre terminaban llenos de raspones y masticando arena, muertos de risa. Aquel era el parque, también, en el que Gero le había contado lo de sus padres...

Marta apretó los labios. «Es un parque, Marta, un puñetero parque, no un templo». Y sintió que las lágrimas le inundaban los ojos. Sí, solo era un lugar, uno de tantos en los que se amontonaban, escondidos, momentos felices que ahora dolía recordar. Todavía se rio en voz alta, limpiándose las lágrimas de un manotazo. «Qué tontería», dijo. Pero los recuerdos acudieron en tropel, empujándose unos a otros, dispuestos a ganar. Marta cerró los ojos y el eco del pasado llenó su mente.

–Marta, ya está bien, no seas perezosa.

–Jo, mamá, pero hoy es sábado...

–No digas «jo»...

–Jo, es que es sábado...

–Ve a la cocina, ya te he preparado el desayuno. Tu padre nos viene a buscar en treinta minutos. Si no estás lista, nos vamos sin ti.

–Jo, mamá...

Cuando su madre salió de la habitación, Marta miró el reloj de su mesilla de noche, bufó y se lanzó de nuevo contra la cama. Pero, aunque se había tapado la cabeza con las sábanas, oyó perfectamente la voz de su madre tronando desde el fondo del pasillo.

–¡MARTA!

¡Ni que tuviera rayos X en los ojos!

Arrastró los pies hasta la cocina. Allí estaban sus hermanos: ya habían terminado sus biberones y ahora se tragaban sin pestañear los dibujos de la tele. Ella se sentó en la silla y miró su tazón de cacao humeante. También había un plato de galletas; la mitad de ellas, mordisqueadas y babeadas.

—Jo, mamá, que a mí me gusta la leche fría...

Rita apareció por la puerta de la cocina poniéndose unos zapatos de tacón.

—Te he dejado el vestido planchado sobre la silla. ¡Y no se te ocurra volver a tumbarte! Ahora mismo hago la cama. Por cierto, a ver cuándo aprendes a hacértela tú, que ya tienes siete años...

Mientras hablaba, Rita tomó en brazos a los gemelos, pero Raúl se revolvió hasta conseguir que ella lo depositara en el suelo de nuevo. Después, gateó hasta su cuarto dejando un reguero de migas a su paso. Sergio, acurrucado en el regazo de su madre, intentaba compartir con ella el chupete.

Marta pensó, enfurruñada, que no entendía por qué tenía que ponerse aquel vestido tan cursi que habían comprado hacía dos semanas. Una comunión, pues vale, pero ¿por qué no podía ir a una comunión en vaqueros? Terminó de beberse, con asco, la leche caliente y remolcó su cuerpo hasta el cuarto de baño. Al pasar por delante de la habitación de sus hermanos, vio a su madre luchando con la camisa de Raúl. Sergio jugaba a tironear de los botones de la suya, ya perfectamente abrochada.

—¡Bichos! —ladró malhumorada.

Rita pegó un respingo, pero no le contestó.

Una hora después, Marta estaba de bastante mejor humor. Miraba a Gero allí colocado, en el altar, tan serio, tan formal, escuchando las lecturas, y no se lo podía creer: «Seguro que no se está enterando de nada...». Alargó el cuello para verle mejor, entre las filas de cabezas, y entonces distinguió claramente cómo Gero la miraba y se ponía bizco. No pudo evitar la carcajada, pero la mirada asesina de su padre le cortó la risa en seco.

Cuando terminó la ceremonia, la gente abandonó lentamente sus asientos para dirigirse a la salida. Marta quiso esperar a Gero sentada en el banco, pero sus padres la obligaron a levantarse.

—Marta, no empecemos —susurró Rita—. Va a ser imposible aparcar en el restaurante, tenemos que irnos ya...

Tampoco fue tan difícil: había aparcacoches. Mucho más complicado era conseguir hablar con su primo, con todo el mundo pendiente de besuquearle, felicitarle y entregarle regalos. Marta terminó por salir sola al jardín del restaurante. Se sentó enfurruñada bajo la sombra de un almendro cargado de flores rosadas y miró hacia una fuente que, al fondo, salpicaba agua a su alrededor. Le entraron ganas de chapotear en ella. Hacía mucho calor, y la tela del vestido se le clavaba en el cuello y las axilas. Ojalá se hubiera llevado una camiseta de repuesto...

–¡Por fin!

Marta pegó un respingo. Gero acababa de aparecer a su lado de improviso.

–Menudo rollo –siguió–, todo el mundo pendiente de mí...

–Anda ya, ¡si te encanta! –se rio Marta.

Gero también se rio.

–Oye, estás muy rara con ese vestido.

–En cambio tú estás «guapísimo» con esa corbata –contestó Marta arrugando la nariz.

–¡Ya! –Gero empezó a tirar de ella, pero no consiguió deshacer el nudo–. Es que mi madre se ha empeñado.

–Por lo menos no pareces un bebé. –Marta señaló sus zapatos de hebilla–. Y, además, te han hecho mogollón de regalos...

–¡Ja! –Gero sonrió enseñando los huecos de sus dientes y su reloj nuevo. Estaba encantado. Tenía cronómetro y brújula. Y contaba los pasos que daba...

Los dos se quedaron mirando al fondo del jardín, cada uno envuelto en sus propios pensamientos.

–¿Sabes lo que ha pasado con Julia? –dijo de pronto Marta.

–¿Julia?

–Sí, la rana que atrapamos en la sierra.

–Ah, Julia. No, ¿qué ha pasado?

–Pues que se me ha escapado y no sé dónde está...

–Halaaaa. ¡Tía, te la vas a cargar! –Gero tenía los ojos como platos–. Verás como aparezca en la cama de tus padres... o en las tazas del desayuno...

—¡Que no me llames tía!

—Bueno, vale, finolis... A mis amigas del cole las llamo así y no se enfadan...

—¡Pues yo sí! —se volvió a enfurruñar Marta—. Bueno, dime qué hago...

—Y yo qué sé... Registrarlo todo, hasta que la encuentres...

—Eso ya lo he hecho, *pasmao*.

—Pues... ¿Qué animales comen ranas?

—Las serpientes.

—Ah. Pues no, no vas a meter una serpiente en casa, claro...

—Qué listo eres... —Marta puso los ojos en blanco y Gero se la quedó mirando muy muy serio. Parecía que iba a decir algo importante... Y de pronto le dio un cachete en la cabeza:

—¡La ligas!

Y echó a correr.

Marta tardó unos segundos en reaccionar, los suficientes para que su primo le tomara ventaja y fuera imposible alcanzarle. Solo lo consiguió cuando él se cayó de bruces sobre una zarza, y no tuvo más remedio que echarle una mano para salir de allí, entre gritos de dolor y risas histéricas.

Cuando regresaron con su familia, veinte minutos después, su aspecto era desastroso. Felipe, el padre de Marta, los miró de arriba abajo y arrugó la nariz como si olieran mal. Luego bramó:

—¿Dónde os habíais metido? ¡Estamos todos esperando para empezar a comer!

Para él la puntualidad era fundamental. Y el saber estar. Y el aspecto: Felipe siempre iba de punta en blanco. Ahora mismo, enfundado en su traje de marca, su camisa hecha a medida con las iniciales bordadas en el pecho y sus zapatos de cordones, parecía un modelo de revista.

—Pero, Marta, ¿qué has hecho con el vestido?, ¿está destrozado! —exclamó Rita, su madre, un segundo después—. Qué barbaridad, con el dineral que nos ha costado...

—Gero, estás lleno de arañazos. —Esta era Manuela, la madre de Gero—. ¿Se puede saber dónde habéis estado?

—Desde luego, no podéis estar juntos...

—Siempre montáis alguna...

Marta miraba de reojo a su tío Genaro, que, sentado a la mesa, con los pies apoyados en una silla y las manos sujetando su enorme barriga, se reía a carcajadas. El padre de Gero siempre había sido su tío favorito. El niño mantenía la cabeza gacha, aguantando el chaparrón, pero Marta, al ver a su tío, no pudo evitar que una risilla nerviosa la traicionara.

Fue el remate.

El padre de Marta infló los carrillos, se puso rojo como un tomate y gritó:

—¿Y encima te ríes?! ¿Se puede saber qué te has creído, mocosa desobediente? ¿Para eso nos gastamos un pastón en tu educación? ¡Esto pasa por juntarte con... con... cualquiera!

Marta, un poco sorprendida por el repentino ataque de furia, miró a su alrededor y se dio cuenta de que

la escena había cambiado: el tío Genaro ya no se reía. Tenía los pies apoyados en el suelo y el cuerpo echado hacia delante, en tensión. Rita se había quedado pálida y hablaba a trompicones:

–Venga, niños... Bueno..., ya está... Todos estamos nerviosos..., ya no... Vamos a comer, que se hace tarde.

Y la tía Manuela, que miraba a su cuñado con un gesto difícil de definir, asintió con la cabeza y dio un empujoncito a Gero:

–Vamos.

Solo Sergio y Raúl, y los abuelos, un poco alejados de la escena, siguieron como si tal cosa.

Marta recordaba ahora las palabras de su padre y comprendía perfectamente la tensión que habían provocado. Pero entonces no; entonces existía un mundo paralelo, el de los adultos, muy difícil de entender: con sus silencios, sus guerras ocultas, sus prejuicios, sus rencores. Y ahora, mientras se mecía en el columpio de forma distraída, pensaba que aquello tal vez hubiera sido el principio del fin, la primera brecha. Y, además, así, casi sin darse cuenta. Como el que camina y dobla una esquina. El tiempo también tenía esquinas. Lo malo era que, una vez que las transitabas, ya no había vuelta atrás.

Marta acababa de llegar a casa. Mientras guardaba el abrigo en el armario, se había prometido no decirle nada a su madre. Respetar ese silencio impuesto desde hacía tanto tiempo, seguir escondiendo las verdades incómodas bajo el colchón, como si no existieran, como si no hicieran daño.

Pero sus buenos propósitos se fueron al traste según entró en la cocina. Algo en su interior se rebelaba ante ese sosiego aparente de su madre. No, no le gustaba ese afán por hacer como que no pasaba nada. Quería que ella reaccionara:

–He visto a Gero.

La observó desde la puerta de la cocina, pero Rita siguió fregando cacharros de espaldas a ella y contestó con toda naturalidad:

–Ah, ¿sí? ¿Y qué tal está?

–Bien... supongo –murmuró Marta.

Rita continuó trasteando en el fregadero. Marta encendió la cafetera, untó la tostada, peló la manzana, mordisqueó el pan, dio vueltas al café con la cuchara, consultó el móvil, tiró de los hilos del mantel de cuadros, amontonó las migas, tiró los restos a la basura... Todo ello en silencio, ese silencio que se había instalado entre ellas tan invisible como infranqueable.

—Me voy a estudiar —dijo por fin colocando la taza en el fregadero.

De pronto, su madre se giró y la agarró por el hombro. Marta notó el tacto húmedo de los guantes de goma atravesando el jersey de lana y sintió un escalofrío.

—¡Mamá! —protestó sacudiéndose la mano mojada. Entonces se dio cuenta de que su madre tenía los ojos llenos de lágrimas.

—No habéis hablado, ¿verdad? —preguntó. Su labio inferior tembló—. Lo siento, es culpa mía.

Marta pensaba que sí, que era culpa de su madre, y de su padre, y de sus tíos..., pero sobre todo era culpa suya. Ya tenía edad para tomar sus propias decisiones, y aquella mañana no había hecho sino dejarse llevar, una vez más, por la inercia de algo que había comenzado aquella lejana tarde, en el restaurante donde habían celebrado la comunión de su primo.

No lo admitiría delante de su madre. En cierto modo le gustaba ver que sufría y se sentía culpable. Igual que ella. Lo mismo que sentía ella. Por eso rehuyó sus ojos lastimeros y repitió «Me voy a estudiar» antes de desaparecer por la puerta.

Ya en su habitación, abrió el libro de Lengua empezó a leer, intentando olvidar aquella imagen llorosa. Pero se había quedado pegada a su mente, igual que el jersey húmedo contra su piel, y no lograba arrancársela. Volvía al mismo párrafo, una y otra vez, sin enterarse de nada. Cerró el libro y se puso a trastear con el móvil. Entonces vio el mensaje de Ester: «¿Has visto el *Insta*?».

En lugar de contestar, abrió la aplicación directamente.

Había un montón de «me gusta» y varios comentarios debajo de la foto que Ester había colgado de ellas en clase:

«¡Colgadas!».

«¡Muguapas!».

«¿Así atendéis en clase?». 😊

–Visto. ¿Y? –le escribió a Ester.

–A Marcos le gusta la foto. 😊

Marta volvió a mirar y vio que uno de los «me gusta» era de Marcos. Sintió un hormigueo en el estómago. En ese momento, saltó el aviso de un nuevo comentario:

«Ester, ¡estás buena bizca y todo! ¿Y esa que está contigo? Me suena de algo...»

Gero.

Fue como una bofetada.

–Imbécil –susurró.

Ester llamó en ese instante, pero Marta no tenía ganas de hablar. Cerró los ojos y lo dejó sonar. Poco después oyó el aviso de un mensaje nuevo:

«Ni caso. Solo quiere llamar tu atención».

Marta envió un emoticono sonriente a Ester, aunque no tenía ningunas ganas de sonreír.

–¿Estás bien? –insistió su amiga.

–Es que hace tiempo doblé una esquina. Y creo que me equivoqué de dirección.

–Pues dobla otra esquina.

Marta sonrió con tristeza. Ya, qué fácil.

¿Cómo habían llegado hasta aquí? Gero y ella, que eran como hermanos, desde el principio... ¿Cómo se había estropeado todo de esa manera?

No sabía exactamente cuándo había llegado Gero. Para ella había estado ahí desde siempre. Pero sabía que había habido una primera vez; su madre se lo había contado en muchas ocasiones. Una primera vez en que los tres (entonces eran tres, los gemelos no habían nacido) habían ido a conocerle. Rita decía que, desde el primer instante, había existido una conexión especial entre ella y su primo. Como si hablaran un idioma propio. Y el mundo, al otro lado.

Ella no lo recordaba, era demasiado pequeña, pero había otras cosas que sí se habían quedado fijadas en su mente. Aunque en aquel momento no parecieron tan importantes, y solo ahora, echando la vista atrás, adquirirían un sentido nuevo. Como el enfado descomunal de su padre el día de la comunión de Gero. Como aquella Navidad, algunos años después, en la que los dos se habían ido de casa sin avisar. No fue más que una travesura, pero tuvo enormes consecuencias. Marta sintió un nudo en la garganta y se frotó nerviosamente la cara. Luego se levantó de la silla y se dejó caer sobre la cama cerrando los ojos. En aquella época, ella hubiera seguido a Gero hasta el fin del mundo.

—Hasta el fin del mundo... —susurró.

—Qué, hermanita, ¿cómo llevas ese besugo?

Marta, sentada en la mesa de la cocina junto a Gero, levantó la vista al ver entrar a su tía y sonrió. Manuela siempre la hacía reír. Ella y su madre no podían ser más diferentes. Era como si Manuela se hubiera quedado con toda la fuerza, la alegría, la despreocupación... dejando en su hermana mayor el peso de una vida llena de responsabilidades e inquietudes.

—Buf—suspiró Rita retirándose el pelo húmedo que le caía sobre la frente por los vapores del horno.

—Seguro que está buenísimo. Además, ya sabes que mi horno cocina muy bien.

—¡Menuda cara tienes! De todos modos, mi marido siempre encontrará alguna pega, aunque esté cocinado en tu horno milagroso —añadió con sorna.

Manuela sacudió la cabeza:

—Pues por eso: si a los demás nos va a gustar hagamos lo que hagamos, y a tu marido le va a disgustar de todos modos..., ¿para qué preocuparse?

Marta vio a su madre sonreír, pero tuvo la rara impresión de que, en realidad, parecía triste. Gero interrumpió sus pensamientos:

—Mamá, ¿podemos ir al patio?

—¿Al patio, con el frío que hace? —Manuela buscó a su hermana con la mirada.

—Ni hablar —coincidió Rita.

—Es que vamos a hacer un muñeco de nieve...

—Por favoor... —se unió Marta con una mueca.

Gero y sus padres vivían en el centro del pueblo. Era una casita baja y diminuta que, sin embargo, contaba

con un patio interior bastante amplio. Allí se guardaban todo tipo de trastos inservibles, desde neumáticos viejos hasta baúles llenos de ropa antigua. Aquel había sido siempre su lugar favorito de juegos. Genaro les había montado un columpio casero que usaban por turnos, pero lo más divertido era buscar tesoros entre las decenas de cajas que allí se acumulaban.

—¡Pero si no queda nieve! —se rio Manuela.

Rita se encogió de hombros. Le daba pena decir que no, parecían ilusionados. Y aunque Felipe no lo aprobaría, seguro que no iba a pasarse por la cocina, ese era, según él, «terreno femenino». No tenía por qué enterarse...

—Bueno... quince minutos, en lo que se hace el pescado.

Marta y Gero salieron al patio a toda prisa, antes de que cambiaran de opinión. Rita y Manuela se acercaron a la ventana de la cocina para observarlos. Los niños las vieron comentar algo y reír, pero pronto se olvidaron de ellas.

Hacía mucho frío. Un viento cortante enrojecía las mejillas de los dos niños, que trataban, sin resultado, de reunir la nieve suficiente para hacer el muñeco. Gotas dispersas brillaban sobre el pelo rubio de Marta y lo encrespaban. Sus diminutos ojos verdes, que parecían emerger casi milagrosamente de entre una multitud de pecas, miraron de modo crítico el resultado de su trabajo.

—Puaj, esto es un asco, esta nieve es marrón.

—¿Sabes dónde puede haber más nieve? En el descampado...

Marta miró a su primo con la boca abierta.

—¿Estás diciendo que...? Ni de broma. ¡Si hago eso me matan!

—¡Eh, que tampoco vivo en un barrio tan peligroso!

Marta soltó una carcajada. Su primo siempre entendía las cosas al revés. O lo fingía, para hacerla reír.

—¡Mis padres me matarán, tonto! No me dejan salir sola a la calle...

—¡Joder, pues ya es hora! Ni que fueras de cristal. Además, que vas conmigo. —Gero se golpeó el pecho y Marta puso los ojos en blanco—. Verás como nos dejan, venga... —insistió él.

Marta sabía que no. Pero de pronto miró a su espalda: no había nadie mirándolos desde la ventana.

La niña empezó a caminar hacia el interior de la casa sin decir una palabra. Gero la siguió. Empujaron la puerta del patio, entraron en la cocina, se deslizaron por el minúsculo pasillo y se pegaron a la pared para no ser vistos desde la sala, donde Rita y Manuela charlaban tranquilamente. Felipe, de espaldas a la puerta, tecleaba en su portátil. Incluso en Navidad seguía enganchado al trabajo. Estaba superconcentrado. Marta y Gero continuaron su camino hasta la puerta de la casa y la abrieron con todo el sigilo del mundo. Cruzaron el umbral y volvieron a cerrar la puerta con un chasquido casi inaudible, como si fueran dos ladrones expertos.

Una vez fuera de la casa, Gero dio un salto triunfal y Marta pegó un grito de alegría. Luego echaron a correr. Y así estuvieron un rato, corriendo sin parar

por entre las calles estrechas que atravesaban el barrio de Gero. A diferencia de la zona donde vivía Marta, plagada de chalets y urbanizaciones ajardinadas y cerradas, allí la mayoría de las viviendas eran casas bajas con rejas que cubrían las ventanas a la altura de la calle. Algunos edificios más altos, de color ladrillo, tenían terrazas y balcones estrechos donde la gente guardaba triciclos, tientos o algún Papá Noel descolorido que bajaba por una escalera de tela. También había tiendecitas y negocios pequeños, un chino, una mercería, un zapatero, un locutorio... Todos ellos lucían en ese momento adornos de Navidad en puertas y escaparates.

Marta conocía bien ese paisaje; la había acompañado toda la infancia, le encantaba. Siempre que podía, dormía en casa de su primo, a pesar de las protestas de su padre. Manuela preparaba chocolate con picatostes en verano y helado casero en invierno porque decía que había que poner al mal tiempo buena cara. También jugaban a las cartas y apostaban dinero, pero su tía decía que estaba prohibido contarle eso a su padre; eso, y que estaba permitido hacer trampas. Algunas veces, Genaro los subía a la cabina del camión y dejaba que usaran la cama que había detrás e investigaran entre los miles de cachivaches que guardaba en la guantera, procedentes de sus muchos viajes. Estar con sus tíos y su primo siempre se convertía para Marta en una pequeña aventura.

El viento helado azotó sus rostros cuando doblaron una esquina y apareció el descampado: una superficie inmensa cuyo final se perdía por detrás de un pequeño

montículo de tierra. Pero allí tampoco había nieve. Solo el lodo se acumulaba entre las piedras y los arbustos. Marta contempló el panorama decepcionada.

—Aquí no hay nada —dijo encogiéndose de hombros y frotándose las manos. Una racha gélida hizo bailar su pelo.

—Ya lo veo —murmuró Gero.

—¡Qué frío! Venga, vámonos. —Marta echó a andar.

—¡Espera! Ya que hemos llegado hasta aquí...

Ella se detuvo y le miró con desconfianza.

—¿Qué?

—¿Por qué no investigamos un poco? —propuso Gero.

—¿Investigar qué?

—Dicen que en aquella casa de allí vive una señora muy vieja que puede predecir el futuro...

Marta siguió con la mirada el dedo índice de su primo. Justo enfrente de ellos, a unos treinta metros de distancia, había una casa medio derruida. Las paredes estaban cubiertas de grietas y grafitis, algunos recientes sobre otros más antiguos y descoloridos. Sobre la techumbre improvisada con planchas metálicas y cascotes cenicientos, que se confundían con el cielo encapotado, se elevaba media pared de lo que debió de constituir, en algún momento, un segundo piso.

Marta sintió un escalofrío cuando el viento se coló por el cuello de su jersey. Algo dentro de ella le decía que se alejara de aquel lugar. Ya.

—Vámonos —susurró.

—¿Por qué?

—No me gusta...

—¿La niñita tiene miedo cuando no está con mamá?
—se burló Gero. Pero no se rio, ni siquiera con los ojos.

Marta abrió la boca para replicar, aunque no le salieron las palabras. Solo su aliento, convertido en vaho. En ese momento, el viento gimió.

—Gero, yo me voy. Nos la vamos a cargar. Y seguro que esa chabola está abandonada...

—Vamos a verlo... —replicó él, y se puso a andar hacia la casa.

—¡Gero!

Pero él siguió caminando, decidido.

—¿Y qué quieres saber sobre tu futuro? —gritó Marta, después de unos segundos de indecisión.

Gero se volvió y le clavó sus ojos oscuros. Habló con voz ronca, no muy alto, pero el viento soplaba hacia Marta y a ella le sonó muy cerca:

—Quiero saber sobre mi pasado...

Aquello no tenía sentido, pero estaba claro que Gero no se iba a echar atrás, así que Marta corrió hacia él y le dio la mano. Él se la apretó y juntos empezaron a andar.

Una nube enorme había cubierto el cielo y proyectaba su sombra sobre el descampado. Dos ventanucos bajos y oscuros miraban a los chicos desde la vivienda. Una valla de tela metálica rodeaba la chabola, y la basura —latas viejas, trozos de tela, plásticos, cartones...— se acumulaba allí fuera. La atravesaron por un agujero y sortearon los desperdicios hasta detenerse frente a la puerta de chapa.